

133

DOS MOMENTOS DE SALVATORE QUASIMODO

José Agustín Goytisolo

El poema El Angel, que forma parte del segundo libro que publicó Salvatore Quasimodo, Oboe Sommerso, en 1932, muestra el estilo conciso, duro y ambiguo que caracterizó a su autor en aquella época, cuando se le encasilló, junto a Eugenio Montale y Giuseppe Ungaretti en el grupo de los ermetici, opuestos a la exuberancia verbal de la poesía "oficial" de los seguidores de D'Annunzio, tan gratos a la estética fascista. El Angel es una preciosa recreación del muy particular mundo greco-latino que cautivaba a Quasimodo, estudioso y profesor de literaturas clásicas en el Conservatorio de Milán.

En el poema parece haber trasladado hasta Lombardía el paisaje de su infancia y adolescencia sicilianas: no escribe sobre ningún jardín del sur, pero el ángel, blanco y quieto, está durmiendo "sobre rosas de aire"; tampoco nada dice sobre su realidad corpórea, no sabemos aún si se trata de una estatua o de una aparición. Pero sí escribe: "mi voz" -o su grito de asombro- "le despierta". A partir de este momento se acusa aún más un mundo entresuñado, pero no irreal: el ángel le sonríe, canta; su mejilla está recubierta de polen. Es el amanecer, el despertar, esta vez sí bajo un cielo opaco, brumoso, lombardo: el poeta se sobrecoje. Y llega el inspirado e inesperado final: el ángel es suyo, lo ha descubierto o lo ha soñado, pero es suyo. Y lo posee: es gálico. ¿Estatua de mármol o duro y frío despertar de una visión? En todo caso, su arte sí despierta emociones no expresadas, una fascinante ambigüedad. De este y otros poemas de Oboe Sommerso escribió Elio Vittorini: "Una palabra cualquiera, la más común, el aire, por ejemplo, se carga de sentido al pasar por imágenes en las que cobra tanta y tan especial intensidad, que se convierte en una palabra nueva, como recién creada por el poeta."

133 B

Quince años más tarde, y en el quinto libro de Quasimodo, titulado Giorno dopo Giorno, aparece el poema Milán, Agosto de 1943. El tono del poema es bíblico, apocalíptico: se refiere a los días del desembarco de los aliados en Italia, a los días del derumbamiento del Estado fascista. En el norte, Milán ha sufrido los bombardeos de sus enclaves industriales, pero la ciudad entera ha padecido también bajo la metralla.; además, los partighiani acosan a las tropas alemanas en retirada, y las represalias son feroces.

¿Qué rebusca entre el polvo la "pobre mano"? ¿Qué mano? Cualquier mano sobreviviente, ajena a la catástrofe, intenta recuperar algo: un ser querido, una medalla, un utensilio; vana búsqueda, advierte la voz bíblica: la ciudad ha muerto. En el silencio que sigue a la última explosión, no se escucha ni el canto del ruiseñor: también ha muerto. La voz salmodiosa del poeta ordena no buscar agua, pues los muertos ya no tienen sed, y conmina a no tocar los cadáveres, "tan rojos, tan hinchados". Es el fin de una ciudad, Babilonia o Nínive, pues aunque más tarde Milán será reconstruida, "aquella" Milán, la de "antes", ha muerto. El final es patético.

¿Qué ha ocurrido entre ambos poemas? ¿Únicamente un cambio en las circunstancias de Italia y en la vida del poeta? No, a veces la inmediatez de una tragedia no explica el cambio de tono, el diferente estilo de un poeta. El sosegado escritor-profesor de los años treinta ha cedido paso al poeta cívico, que abandona su intimidad y se dirige a los demás como un profeta de la caducidad. El cambio es bien visible, además, en la forma: el segundo poema puede herir por la cruel hermosura de sus versos, pero no alcanza la perfección y ambigüedad de El Angel. Pienso ahora así, aunque Salvatore Quasimodo, cuando yo preparaba una antología de su poesía, a principios de los sesenta, me hacía ver las cosas al revés: muchos autores no son buenos críticos de su obra; él no lo fue, y yo me dejé llevar por su voz, en los vientos de aquella época. Rectificado quedé aquí mi juicio crítico, aunque Milán, Agosto de 1943 no deje de parecerme un estremecedor poema.

A 336

DOS POEMAS DE SALVATORE QUASIMODO

EL ANGEL

Duerme el ángel
sobre rosas de aire, cándido,
recostado,
y en el regazo en sombra
cruzadas las dos manos.

Y mi voz le despierta;
me sonríe,
recubierta de polen
la apoyada mejilla.

Canta; me sobrecoge
opaco cielo de alba.
Es mío el ángel;
yo lo poseo: gélido.

(De Oboe Sommerso, 1932)

MILAN, AGOSTO DE 1943

Vanamente rebuscas entre el polvo,
pobre mano, la ciudad ha muerto.
Ha muerto: se ha oido la última explosión
sobre la entraña del Naviglio. Y el ruisenor
cayó desde la antena, alta sobre el convento,
donde cantaba antes del ocaso.
No cavéis pozos en los patios:
ya los vivos no tienen más sed.
No toquéis a los muertos, tan rojos, tan hinchados;
dejadlos en la tierra de sus casas:
la ciudad ha muerto, ha muerto.

(De Giorno dopo giorno, 1947)